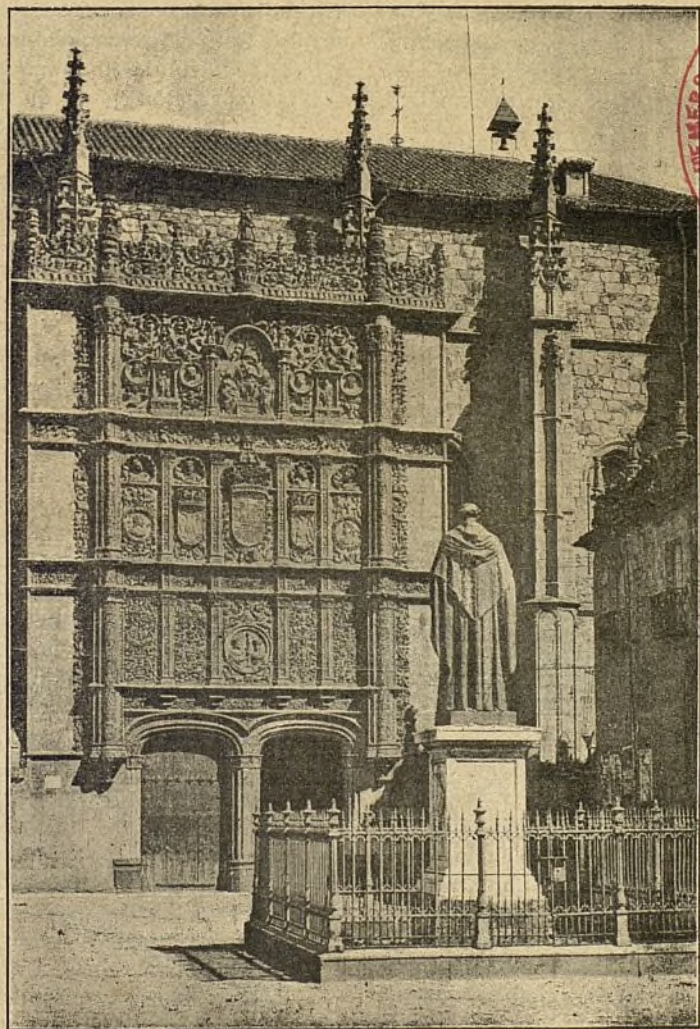


62 44

# La Buena Nueva

Junio 1928

Número 18



**Salamanca: Puerta de la Universidad y estatua  
de Fray Luis de León.**

Ayuntamiento de Madrid



# FRAY LUIS DE LEÓN

A mediados del siglo XVI la Universidad de Salamanca se hallaba en su apogeo. Entre sus profesores, ninguno tan notable como Fray Luis de León, el más grande de los poetas líricos de su tiempo, teólogo, hebraísta, matemático, hombre extraordinario por la profundidad de sus conocimientos y por la nobleza de su carácter.

En el ambiente de la España de aquella época, un hombre de su talla espiritual y de sus aficiones religiosas, tenía que tropezar con el poder funesto y omnímodo de la Inquisición. Apenas hay hombre notable que no tuviera que sufrir más o menos a manos del «santo» tribunal.

Fray Luis de León había caído en pecados imperdonables para los enemigos de la luz y de la libertad cristiana. Era un amante de las Sagradas Escrituras. Había traducido partes de ellas al castellano. Encontraba defectuosa la versión de la Vulgata, a la cual la Iglesia daba igual autoridad que a las Sagradas Escrituras en los idiomas originales. Se le acusó de judaizante. Se decía que una abuela suya había sido judía, cosa que hacía sospechoso a cualquiera en la España del siglo XVI.

Sufrió un encarcelamiento de cinco años en las prisiones del Santo Oficio. Estuvo a punto de ser sometido a tormento. Por fin se reconoció su ortodoxia y se le devolvió la libertad, no sin una severa reprensión para que «de aquí

adelante mire cómo trata cosas y materias de calidad y peligro como las que de este proceso resultan.» No es extraño que el mismo Fray Luis de León hubiera escrito antes a sus jueces: «Agora todo se me hace temeroso.» ¿Cómo podría librarse de caer en sospecha de herejía un hombre que creía su deber escribir «cosas nacidas de las

sagradas letras, o allegadas y conformes a ellas»?

La obra más notable entre las de edificación escritas por Fray Luis de León es *Los nombres de Cristo*, en la cual alienta un verdadero espíritu evangélico y bíblico. Doctrinas y prácticas propiamente romanistas apenas se tocan. Hay muy poco en todo el libro que no pueda ser apreciado por un lector evangélico. En este número ofrecemos a nuestros lectores algunos párrafos de tan provechosa obra.





# Pensamientos de Fray Luis de León

## La ley de Cristo.

Cristo, nuestro Redentor y Señor, en la gobernación de su reino halló una nueva manera de ley, la cual usa con los suyos, no solamente enseñándoles a ser buenos, como lo enseñaron otros legisladores, mas de hecho haciéndolos buenos, lo que ningún otro rey ni legislador pudo hacer. Y esto es lo principal de su ley evangélica y lo propio de ella; digo, aquello en que notablemente se diferencia de las otras sectas y leyes. Para entendimiento de lo cual conviene saber que, por cuanto el oficio y ministerio de la ley es llevar los hombres a lo bueno y apartarlos de lo que es malo, así como esto se puede hacer de dos maneras, o enseñando el entendimiento o aficionando a la voluntad, así hay dos diferencias de leyes: la primera es de aquellas leyes que hablan con el entendimiento y le dan luz en lo que conforme a razón se debe hacer o no hacer, y le enseñan lo que ha de seguir en las obras y lo que ha de excusar en ellas mismas; la segunda es de la ley, no que alumbra el entendimiento, sino que aficiona la voluntad, imprimiendo en ella inclinación y apetito de aquello que merece ser apetecido por bueno, y, por el contrario, engendrándole aborrecimiento de las cosas torpes y malas...

La primera se llama ley de mandamientos, porque toda ella es mandar y vedar. La segunda es ley de gracia y de amor, porque no nos dice que hagamos esto o aquello, sino que nos hace que amemos aquello mismo que debemos hacer. Aquella es pesada y áspera, porque condena por malo lo que la voluntad corrompida apetece por bueno, y así hace que se encuentren (en pugna) el entendimiento y la voluntad entre sí, de donde se enciende en nosotros mismos una guerra mortal de contradicción. Mas ésta es

dulcísima por extremo, porque nos hace amar lo que nos manda, o, por mejor decir, porque el plantar e injerir en nosotros el deseo y la afición a lo bueno es el mismo mandarlo; y porque aficionándonos y, como si dijéramos, haciéndonos enamorados de lo que nos manda, por esa manera, y no de otra, nos manda... Y, como prosigue San Agustín, poniendo siempre sus pisadas en lo que dejó hollado San Pablo, aquella es perecedera, ésta es eterna; aquella hace esclavos, ésta es propia de hijos; aquella es ayo triste y azotador, ésta es espíritu de regalo y consuelo; aquella pone en servidumbre, ésta en honra y libertad verdadera.

## Redimidos y caminantes.

*Y andarán, dice, en él los redimidos* (se refiere al texto de Isaías, 35. 8-10, en que se habla del Camino de Santidad). Porque primero es ser redimidos que caminantes; primero es que Cristo, por su gracia y por la justicia que pone en ellos, los libre de la culpa, a quien servían cautivos, y los desate las prisiones con que estaban atados, y después es que comiencen a andar. Que no somos redimidos por haber caminado primero ni por los buenos pasos que dimos, ni venimos a la justicia por nuestros pies. *No por las obras justas que hicimos, dice, sino según su misericordia nos hizo salvos.* Así que no nace nuestra redención de nuestro camino y merecimiento, sino, redimidos una vez podemos caminar y merecer después, alentados por la virtud de aquel bien.

...[qué dichosa suerte y qué gozoso y bienaventurado viaje, adonde el CAMINO es Cristo y la guía de él es él mismo, y la guarda y la seguridad ni más ni menos es él, y adonde los que van por él son sus hechuras y rescatados suyos!]



## LA REVELACIÓN MÁS GRANDE

En una ciudad de Italia sepultada bajo una inundación de lava del Vesubio en el año 79 de la era cristiana se encontraron antiguos manuscritos quemados, que más parecían carbones que libros. Con el mayor cuidado y por procedimientos ingeniosos, se ha conseguido en muchos casos restaurar el texto de aquellos manuscritos.

Supongamos que uno de aquellos manuscritos hubiera sido la primera epístola del apóstol San Juan y que de aquella carta no se conociera en el mundo ninguna otra copia; que fuera un documento desconocido.

Supongamos que los expertos operadores van descifrando palabra por palabra el precioso manuscrito. A medida que se descubren las palabras se van copiando con toda exactitud. Ya han llegado a un pasaje que dice: *Dios es...*

¡Qué descubrimiento nos espera! Lo que los filósofos han investigado tanto, lo que los hombres más sabios no han podido descubrir, una definición de Dios, y una definición inspirada por Dios mismo. ¿Qué nos va a decir?

¿Qué es ese Dios *oculto*, a quien nadie ha visto, aunque su presencia se deja sentir por todas partes. ¿Qué es ese Dios *poderoso*, cuya palabra ha creado el mundo y puede destruirlo? ¿Qué es ese Dios *santo*, a

quien ofendemos todos los días y en cuyas manos hemos de caer? Momentos de espera silenciosa y solemne.

La palabra se va descifrando lentamente: *a-m-o-r - amor. Dios es amor.*

¡Qué respuesta! ¿Podríamos haber imaginado otra mejor? Ese Dios oculto, poderoso y santo es amor. ¿Qué más necesitamos? Dios nos ama. Aún más: El amor es su misma naturaleza. Quien dice Dios dice amor. Respuesta que sobrepasa todas nuestras esperanzas, garantía de nuestra felicidad eterna.

Pero hay que creerlo. El amor de Dios no puede consolarnos, iluminarnos, salvarnos mientras no creamos en él. Criaturas responsables, poseemos la tremenda facultad de poder abrirnos o cerrarnos al amor de Dios y, por lo tanto, de disfrutar o de quedar privados de él.

¿Y cómo creemos si no tenemos alguna prueba? La misma epístola de San Juan nos la da. Oid sus palabras.

*En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó a nosotros, y ha enviado a su Hijo en propiciación por nuestros pecados.*

¿Queremos saber si Dios nos ama? Volvamos la vista a la cruz donde



Jesús muere por nosotros y escuchemos la voz que nos dice: *Esto hice yo por ti.*

¿Queremos saber la medida del amor de Dios, hasta qué punto nos

ama? *De tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna.*

## CAMBIO DE CONFESOR

En un pueblo laborioso, situado entre viñas y olivares, al pie de los Pirineos, pasó toda su vida *Francisca Curtada*.

Fué tan distinguida por su energía como su esposo, quien desempeñó el cargo de alcalde del pueblo por espacio de unos treinta años. De él se cuentan cosas extraordinarias; nosotros las vamos a contar de ella.

### Católica ferviente.

Educada en el catolicismo, cumplía escrupulosamente los preceptos de su religión.

Conforme a su creencia se empeñaba en ganar la salvación de su alma por buenas obras. Sus amigas y compañeras de devoción la reconocían siempre como la más celosa. Estas cuentan que, en los días de trabajo, muchas veces asistían solo a misa tres personas: el cura, el monaguillo y Francisca. Ella no faltaba. En las «misiones» y novenas, romerías y fiestas tomaba siempre parte activa. Como celadora que fué por varios años, vestía altares, llevaba «santos» y recogía limosnas para el culto católico. Siempre decidida y enérgica, se comprende que constituía una especie de columna y apoyo del catolicismo en el pueblo.

Pero, a pesar de tanto celo, sería injusto tildarla de fanática. En su larga vida, de unos ochenta años, había sufrido desengaños que le inspiraban ciertas dudas. Cuando menos, no había encontrado toda la satisfacción que requería su alma sincera en esa devoción.

### Cambio de confesor.

Cierto día inauguróse una sala para la predicación del Evangelio puro, en el pueblo. Entre los primeros que oyeron la proclamación del arrepentimiento y la salvación por la fe en Cristo Jesús, fué Francisca, anciana ya de ochenta y dos años.

Desde luego comprendió que aquello era la pura verdad. Tan impresionada quedó, que hubo de consultar reservadamente a los evangelistas respecto a lo proclamado. Repetir aquí todo lo que se le dijo, sería imposible. Bastan indicaciones.

—Usted, tan anciana (se le dijo, entre otras cosas), que debe haber confesado con los curas centenares de veces, ¿está usted segura del perdón de sus pecados?

—¡Quién lo puede decir!—exclamó ella.

—Si no ha conseguido usted la seguridad del perdón, para nada le han valido tantas confesiones. ¿Está tranquila su conciencia? Si Dios la llamase a juicio en este momento, ¿cómo quedaría usted?

—¡Quién lo sabe! ¡No lo sé!

—Pues se halla usted tan incierta como si nunca hubiese confesado; prueba palpable de que todas sus confesiones con los curas han sido vanas. ¡Qué contraste! Usted, que ha confesado centenares de veces con los sacerdotes, está incierta del perdón. Yo, en cambio, que nunca he tenido confesor humano, estoy segurísimo de que Dios todo me lo ha perdonado, y disfruto de completa paz. Lo que debe hacer usted es cambiar de confesor.

—¿Cómo?



—Sencillamente; como usted hasta ahora ha tenido por confesor a un hombre, deje usted al hombre y tome por confesor a Dios mismo, pidiéndole perdón en nombre de Jesucristo. Bien sabe usted que el mismo Jesús nos enseña a pedir perdón a Dios en el «Padrenuestro»: «perdónanos nuestras deudas».

—Pero haciéndolo así, ¿como sabré yo que Él me perdona, si no me lo dice un hombre al oído?

—Nada más fácil. Lo sabrá usted por lo que Dios mismo dice en su Palabra: *Si confesamos nuestros pecados—dice,—él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados y nos limpie de toda maldad.* Así es que, cumpliendo nosotros la condición confesando, Él cumple la promesa perdonando. Es decir, tan cierto como es que usted confiesa, tan cierto es que Él perdona. Dudarlo sería tratar a Dios de mentiroso.

Cambió de confesor Francisca. Pero una cosa impidió que disfrutara de la seguridad del perdón en el acto. Aunque con todos sus esfuerzos jamás había conseguido la menor idea de ser salva, creía todavía que sus obras tenían algún mérito. Le faltaba saber que aun sus obras mejores según el profeta, eran «como trapos de inmundicia». Hubo de comprender que para Dios no valen méritos humanos, sino los méritos de Jesús.

Pero tan pronto como desconfió de sus obras, y puso toda su confianza en Jesús, obtuvo la seguridad del perdón. Desde aquel momento vióse salva de la condenación, no por sus méritos, sino por los méritos de Cristo Jesús, que sufrió la condenación en su lugar. Entonces fué cuando halló esa paz que en vano había buscado por tanto tiempo en el romanismo.

Querido lector, ¿cómo piensas tú salvarte? ¿Acaso por no hacer mal a nadie? ¡Ah! ¡Cuán incierto debes vivir respecto a tu alma! ¿Estás seguro del perdón? Si no, cambia de confesor. ¿Estás cierto de la salvación?... Si no, desconfía de tus

méritos y confía sólo en Jesús. «Porque no hay otro nombre debajo del cielo dado a los hombres en que podamos ser salvos.» Hechos 4. 12.

### Obras en su lugar.

Desde el momento que la anciana se vió salva por gracia, y no por obras, mediante la fe en Jesucristo, sentíase como renovada en todo su ser.

Ahora estaba dispuesta a hacer buenas obras de verdad; pero ya no para salvarse, sino por ser ya salva, y tampoco conforme a preceptos humanos, sino conforme a preceptos divinos.

Limpio el corazón, empezó por limpiar su casa de sus objetos de idolatría. En lugar de imágenes, «virgenes» y «santos», aparecieron textos bíblicos con letras brillantes y de gran tamaño.

No pertenecía Francisca a los tímidos que ocultan su fe, ni a los que prefieren la comodidad al cumplimiento de sus deberes cristianos. Muy al contrario. Como la profetisa Ana, viuda también de ochenta y cuatro años, hablaba de Jesús a todos. Durante su corta vida cristiana se hizo bien conocida por su fe, celo y piedad.

A pesar de su edad, iba alguna vez a pie más de cuatro horas, ida y vuelta, para oír la predicación del Evangelio. Aun a la edad de ochenta y cuatro años, y poco antes de su muerte, concurría todos los domingos a las reuniones del pueblo vecino, media hora distante, ¡Qué hermoso ejemplo!

### Persecución.

Desde luego tuvo que sufrir la persecución. Tenía su puerta en frente de la puerta de la iglesia. Abiertas ambas, oía Francisca en su casa los insultos groseros que el predicador católico profería contra los cristianos evangélicos.

Esto le molestaba. Pero comprendió que así quedaba confirmada la verdad de lo que dijo Jesús: «Dirán todo mal de vosotros por mi causa, mintiendo.» Apre-



dió a pedir a Dios por los perseguidores y tener compasión de ellos.

### Muerte feliz

Como María, se alegraba Francisca «en Dios su Salvador». Las oraciones e himnos de alabanza al Señor constituían su especial delicia. Aun en medio de los sufrimientos de su última enfermedad, tenía palabras de consuelo y edificación para otros. Presintiendo su fin terrestre, dijo: «Pronto estaré en el cielo con el Señor; para mí el morir es una ganancia.»

¿Para qué quería *tierra sagrada* que se le iba a negar? Para ella, como para Dios, todas las tierras eran sagradas. ¿Para qué quería confesor? Ya tenía confesor, y el perdón también. ¿Para qué quería la extremaunción? Sabía que ya la sangre de Jesús la había limpiado de todo pecado, y que «no hay condenación para los que están en Cristo Jesús».

Querido lector: ¿qué seguridad tienes tú respecto a la eternidad?

En el día del Domingo partió su espíritu para estar eternamente con el Señor.

Conforme a derecho, el juez del pueblo extendió acta de... «entierro evangélico protestante, cementerio civil». Como el pueblo no tenía tal cementerio, procedióse acto seguido a su construcción.

Ya el lunes por la tarde tenía el alcalde los muros, en parte, levantados. Concurrió esa misma tarde al entierro una multitud que oyó con gusto la predicación del Evangelio en el nuevo cementerio.

## Ve y haz tú lo mismo

El Pastor de San Martín (iglesia a la que asistía el Sr. Gladstone en Inglaterra) visitó a un pobre parroquiano enfermo, cuyo oficio era barrer la calle. Preguntándole si alguien le había visitado, el barrendero contestó que sí, el Sr. Gladstone.

—¿Cual Sr. Gladstone?—preguntó el Pastor.

—El Sr. Gladstone—repitió el enfermo.

—¿Pero como fué eso?

—Este señor siempre me dirigía alguna palabra bondadosa cuando pasaba la calle en donde yo trabajaba; y me echó de menos cuando yo falté. Habló a mi compañero, preguntándole donde me hallaría yo. Escribió mi dirección en su cartera y vino a visitarme.

—¿Y qué hizo?—preguntó el Pastor.

—Pues me leyó algo de la Biblia, e hizo una oración.

Guillermo E. Gladstone, Primer Ministro de la Gran Bretaña, visitando a un pobre enfermo, sentándose por un momento a su lado para leer algo de la Biblia, «la inexpugnable base de su propia fe», y luego hincándose, ofreció una humilde súplica a Dios en el nombre de Jesucristo.

Pues qué ¿no es necesaria a los grandes hombres de Estado la religión, de la misma manera que a los pequeños? Si todos la tuviesen y la practicasen, como debe ser practicada, si antes de resolver los grandes negocios de Estado, pidiesen al Señor sus luces y su gracia, y al Señor se encomendasen, de otra manera marcharían los Estados.

ESTE NUMERO HA SIDO VISADO  
POR LA CENSURA

## La Buena Nueva

Hoja mensual de propaganda evangélica

Se enviará gratis por tres meses a toda persona que la pida.

Paquetes de 100 ejemplares para los obreros evangélicos, tres pesetas.

Diríjanse los pedidos a

**SOCIEDAD DE PUBLICACIONES  
RELIGIOSAS**

**Flor Alta, 2 y 4, Madrid**

IMPRENTA IZAGUIRRE, CHURRUGA 17



## HOJAS Y FOLLETOS EVANGÉLICOS

*De 4 páginas — Dos céntimos.*

Ven, pecador, ven.  
La dama aristocrática y el zapatero cristiano.  
Comprad... sin dinero.  
Amad a vuestros enemigos.  
Las siete maravillas.  
Es preciso que esto cambie.  
Descubrimientos al alcance de todos.  
El culto de la Virgen.  
El regalo de Navidad.

*De 8 páginas — Cuatro céntimos.*

Las aflicciones.  
Daniel y su reloj.  
El cura y Don Camilo.  
El justo por los injustos.  
La salvación no se compra.  
La familia protestante.  
El puente de amor.  
El Nuevo Testamento del soldado.  
La última confesión del hermano Egidio.  
La serpiente de metal.  
¿Puedo salvarme?

*De 12 páginas — Cinco céntimos.*

Por qué soy cristiano.  
Manual de Controversia.  
Un obrero español.

El tambor Carlitos.

La religión de nuestros padres  
(A. Arenales).  
Los toros.

*De 16 páginas — Diez céntimos.*

La salvación.  
El español y la religión (A. Araujo).  
A uno que duda (H. C. Thomson).  
Oraciones para cada día de la semana.

### OTROS TRATADOS

Un salvador para ti. 20 páginas, diez céntimos.  
¿Qué creen los protestantes? 30 páginas, quince céntimos.  
Los místicos españoles ¿eran protestantes?  
Fray Luis de León. 24 páginas, diez céntimos.  
Santa Teresa de Jesús. 22 páginas, diez céntimos.  
San Juan de la Cruz. 22 páginas, diez céntimos.  
¿Sabéis lo que es un verdadero protestante? El protestantismo estudiado a la luz de las Santas Escrituras. 48 páginas, veinticinco céntimos.

*La Sociedad de Publicaciones Religiosas enviará seis tratados diferentes a toda persona que lo desee y envíe sus señas por carta o tarjeta postal.*

**SOCIEDAD DE PUBLICACIONES RELIGIOSAS**  
**FLOR ALTA, 2 Y 4. — MADRID**